

(Traducción en español)

Castel Gandolfo, 8 de diciembre de 1996

Chiara a los focolarinos: **María, Mater Unitatis**¹

Haciendo un breve repaso de la historia del Movimiento con respecto a María, podemos ver mejor quién es María para nosotros.

Desde los primeros tiempos, si bien en una época parecía que dejaba al Espíritu poner el acento casi únicamente en Jesús y en su Evangelio, ella se hizo ver, si bien tímidamente, para revelarnos enseguida su relación con la unidad.

Algún ejemplo:

Así escribía en 1947:

“Estoy convencida de que es Ella quien quiere la Unidad. Ella: ¡Mater unitatis!...

“Ella conoce a Satanás, sus lisonjas, sus engaños, sus trampas, y llama a sus hijos a unirse, a darse la mano al caminar por el Camino del Amor”².

Y siempre en ese año:

“¡La Virgen nos quiere unidos en el camino! ¡Ella sabe que ‘donde dos o más’ se unen en el santo nombre de su Hijo, Él está en medio de ellos! Y dónde está Jesús huyen todos los peligros y se desaparecen los obstáculos... ¡Todo lo vence porque es Amor!

Pero más tarde se manifestó con todo su esplendor, en el escenario de nuestra alma, elevada en proporción a cuanto se había humillado, grande en proporción a cuanto se había anulado.

Sucedió en 1949, cuando, reunidas en la montaña, pareció que el Señor bosquejara en nuestras mentes la Obra que tenía que nacer.

Comprendimos que, a través de ella, María habría querido volver de alguna manera a la tierra.

Tan fuerte fue esa sensación que, admirando en María su belleza única, e imaginándola y viéndola sola, porque no veíamos a su lado hijos de semejante madre, más que Jesús, nos sentimos impulsados a sugerirle que se hiciera en la tierra una familia de hijos e hijas como ella.

Antes todavía le habíamos pedido a Jesús Eucaristía que nos pusiera en las manos de María, nos ‘consagrarse’ él, como sólo él lo sabe hacer.

Comprendimos entonces que aquel acto no había sido una mera expresión devocional, sin mucho contenido, sino que esa ‘consagración’ había obrado algo.

Nos pareció que María nos revestía de su condición de Inmaculada.

Quizás, un poco, con nuestro pequeño grupo pareció verificarse lo que dice Montfort cuando habla de las maravillas, en especial interiores, que María realiza secretamente en las almas. Montfort escribe: “Infinidad de efectos produce en el alma esta devoción fielmente practicada; pero la principal es hacer que de tal modo viva María en un alma en la tierra, que no sea ya más el alma que vive, sino María en ella”.

De hecho pareció que lo que un día había pedido Pablo VI: “...Enséñanos lo que ya conocemos; ... a ser inmaculados, como tú lo eres”³, se hubiera vuelto realidad.

Nos sentimos hijos de María y -de un modo que nunca podremos olvidar- por primera vez sentimos a María como nuestra madre.

Años más tarde un episodio, también conocido, nos confirmó todo esto. Así lo describí:

“Entré un día a una iglesia, y con el corazón lleno de confianza, le pregunté: ¿Por qué quisiste quedarte en la tierra, en todos los puntos de la tierra, en la dulcísima Eucaristía, y no encontraste, Tú, que

¹ *Un camino nuevo, Ciudad Nueva, Buenos Aires 2002, pág. 59-61*

² *Chiara Lubich, carta del 6 de septiembre de 1947.*

³ Pablo VI, Discurso a los fieles del 25 de octubre de 1969.

eres Dios, el modo de dejar también aquí a María, la Madre de todos nosotros, los que peregrinamos en el mundo?

“En el silencio, parecía responder: No la dejé porque quiero volver a verla en ti”⁴.

Ser otra María, una pequeña María, que encuentra en la Madre su ‘deber ser’ y encuentra en sí el ‘poder ser ella’.

Pero ser Madre como ella significa tener la posibilidad de imitarla en su maternidad espiritual (que se vuelve paternidad espiritual para los hombres), maternidad que plasma a las personas que les están confiadas, no sólo para hacerlas bellas y santas, sino para unirlos, y no sólo con Dios sino entre ellas.

María es Madre de este modo. Es ‘*Mater unitatis*’.

Chiara Lubich

⁴ Chiara Lubich, “*María, humanidad realizada*” ed. Ciudad Nueva, Buenos Aires, 1987, p. 76.